

CAMINANDO CON DIOS

Sermón No. 2

Traducción: estudialapalabra.org

***“Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios”
Génesis 5:24***

Varias son las súplicas y los argumentos que los hombres de mente corrupta esgrimen con frecuencia contra la obediencia a los justos y santos mandamientos de Dios, pero, quizás, una de las objeciones más comunes que hacen es esta, que los mandamientos de nuestro Señor no son practicables, porque son contrarios a la carne y la sangre; y, en consecuencia, “es un amo duro, que siega donde no ha sembrado y recoge donde no ha esparcido”. Estos encontramos que eran los sentimientos albergados por ese siervo malvado y perezoso mencionado en el 25 de San Mateo; y son indudablemente los mismos que muchos que se mantienen en la presente generación inicua y adúltera. El Espíritu Santo previendo esto, se ha encargado de inspirar a los hombres santos de la antigüedad, para registrar los ejemplos de muchos hombres y mujeres santos; quienes, aún bajo la dispensación del Antiguo Testamento, fueron capacitados para tomar alegremente el yugo de Cristo sobre ellos, y consideraron su servicio como una perfecta libertad. El gran catálogo de santos, confesores y mártires, elaborado en el capítulo 11 a los Hebreos, evidencia abundantemente la verdad de esta observación. ¿Qué gran nube de testigos hemos presentado allí a nuestra vista? Todos eminentes por su fe, pero algunos brillan con mayor grado de lustre que otros. El protomártir Abel conduce el carro, y junto a él encontramos mencionado a Enoc, no solo porque era el siguiente en el orden del tiempo, sino también debido a su piedad exaltada; se habla de él en las palabras del texto de una manera muy extraordinaria. Tenemos aquí un relato corto pero muy completo y glorioso, tanto de su comportamiento en este mundo como de la forma triunfal de su entrada en el próximo. El primero está contenido en estas palabras, “Y Enoc caminó con Dios”. El último en estos, “y desapareció, porque Dios se lo llevó”. Él no estaba; es decir, no fue encontrado, no fue llevado de la manera común, no vio la muerte; porque Dios lo había trasladado. (Hebreos 11:5). Quién era este Enoc, no aparece tan claramente, para mí, parece haber sido una persona de carácter público; supongo que, como Noé, un predicador de justicia, y, si podemos dar crédito al apóstol Judas, él era un predicador ardiente, porque él cita una de sus profecías, en la que dice: “He aquí, el Señor viene con diez mil de sus santos, para ejecutar juicio sobre todos, y para convencer a todos los que son impíos entre ellos, de todas sus obras impías que han cometido y de todas sus duras palabras, que pecadores impíos han pronunciado contra él”. Pero sea una persona pública o privada, tiene un noble testimonio dado en los oráculos vivientes.

El autor de la epístola a los Hebreos dice que antes de su traslado tenía este testimonio, "que agradó a Dios"; y el hecho de que fuera trasladado era una prueba de ello más allá de toda duda. Y quisiera observar que fue una maravillosa sabiduría en Dios trasladar a Enoc y Elías bajo la dispensación del Antiguo Testamento, que, de ahora en adelante, cuando se afirme que el Señor Jesús fue llevado al cielo, podría no parecer algo del todo increíble a los ojos de los demás judíos; ya que ellos mismos confesaron que dos de sus propios profetas habían sido trasladados varios cientos de años antes. Pero no es mi intención detenerlos por más tiempo, ampliando o haciendo observaciones sobre el carácter breve pero completo de Enoc, lo que tengo en vista es dar un discurso, según lo permita el Señor, sobre un tema de peso y muy tema importante; lo que significa, caminar con Dios.

"Y Enoc caminó con Dios". Si tanto como esto puede decirse verdaderamente de usted y de mí después de nuestra muerte, no tendremos ninguna razón para quejarnos de que hemos vivido en vano. Al abordar mi tema previsto, primero me esforzaré por mostrar lo que implican estas palabras, anduve con Dios. En segundo lugar, prescribiré algunos medios, sobre la debida observancia de los cuales, los creyentes pueden guardar levantar y mantener su caminar con Dios. Y, en tercer lugar, ofreceré algunos motivos para estimularnos, si nunca antes caminamos con Dios, a venir y caminar con Dios ahora. Todo se cerrará con una o dos palabras de aplicación.

Primero, debo mostrar lo que implican estas palabras, "caminó con Dios"; o, en otras palabras, qué debemos entender al caminar con Dios.

Y Primero, caminar con Dios implica que el poder prevaeciente de la enemistad del corazón de una persona sea quitado por el bendito Espíritu de Dios. Tal vez a algunos les parezca difícil decirlo, pero nuestra propia experiencia prueba diariamente lo que afirman las Escrituras en muchos lugares, que la mente carnal, la mente del hombre natural inconverso, es más, la mente del regenerado, en cuanto a cualquier parte de él permanece sin renovar, es enemistad, no sólo un enemigo, sino la enemistad misma, contra Dios; de modo que no está sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede estarlo. De hecho, uno bien puede preguntarse que cualquier criatura, especialmente esa hermosa criatura, el hombre, hecho a la imagen de su Creador, debería tener alguna enemistad, y mucho menos una enemistad prevaeciente, contra ese mismo Dios en quien vive, se mueve y tiene su existir, pero, ¡Ay! así es. Nuestros primeros padres lo contrajeron cuando se apartaron de Dios al comer el fruto prohibido, y el amargo y maligno contagio de esto ha descendido y se ha extendido por completo a toda su posteridad. Esta enemistad se descubrió en el esfuerzo de Adán por esconderse en los árboles del jardín. Cuando escuchó la voz del Señor Dios, en lugar de correr con el corazón abierto, diciendo heme aquí; ¡pobre de mí! ahora no quería comunión con Dios; y aún más descubrió su enemistad recientemente contraída, por la excusa que dio al Altísimo: "La mujer (o, esta mujer) que me diste por compañera, me dio del árbol, y yo comí".

Al decir esto, él en efecto le echa toda la culpa a Dios; como si dijera: si no me hubieras dado esta mujer, no habría pecado contra ti, así que puedes agradecerme a ti mismo por mi transgresión. De la misma manera esta enemistad obra en los corazones de los hijos de Adán, ellos de vez en cuando encuentran que algo se levanta contra Dios, y le dice incluso a Dios: ¿qué haces? “Desprecia a cualquier competidor más malo (dice el erudito Dr. Owen, en su excelente tratado sobre el pecado que mora en nosotros) que Dios mismo”. Su mandato es como el de los asirios con respecto a Acab, disparar solo al rey. Y ataca a todo lo que tiene la apariencia de verdadera piedad, como los asirios dispararon contra Josafat en su ropaje real.

Pero la oposición cesa cuando encuentra que es sólo una apariencia, ya que los asirios dejaron de disparar contra Josafat, cuando se dieron cuenta de que no era a Acab a quien estaban disparando. Esta enemistad se descubrió en el maldito Caín; odió y mató a su hermano Abel, porque Abel amaba a su Dios y era especialmente favorecido por él. Y esta misma enemistad gobierna y prevalece en todo hombre que es engendrado naturalmente de la descendencia de Adán. De ahí esa aversión a la oración y a los deberes santos que encontramos en los niños, y muy a menudo en las personas adultas, que no obstante han sido bendecidas con una educación religiosa. Y todo ese pecado abierto y maldad, que como un diluvio ha inundado el mundo, no son más que otras tantas corrientes que corren de esta fuente terrible y contagiosa; me refiero a una enemistad del corazón desesperadamente malvado y engañoso del hombre. El que no puede poner su sello a esto, no sabe nada todavía de manera salvífica, de las Sagradas Escrituras, o del poder de Dios. Y todos los que saben esto reconocerán fácilmente que antes de que se pueda decir que una persona camina con Dios, el poder prevaleciente de esta enemistad del corazón debe ser destruido. Enemistad y odio, irreconciliables entre sí. Obsérvenme, digo, el poder prevaleciente de esta enemistad debe ser quitado; porque el ser de él nunca se eliminará por completo, hasta que inclinemos la cabeza y entreguemos el espíritu. El apóstol Pablo, sin duda, habla de sí mismo, y eso, también, no cuando era un fariseo, sino un verdadero cristiano; cuando se queja, “que cuando quería hacer el bien, el mal estaba presente en él”; no teniendo dominio sobre él, sino oponiéndose y resistiendo a sus buenas intenciones y acciones, de modo que no pudo hacer las cosas que quería, en aquella perfección que el nuevo hombre deseaba. Esto es lo que él llama el pecado morando en él. “Y este es ese phronhna sarko”, que (para usar las palabras del noveno artículo de nuestra iglesia), algunos exponen la sabiduría, algunos la sensualidad, algunos la afectación, algunos el deseo de la carne que permanece, sí, en los que son regenerados”. Pero en cuanto a su poder prevaleciente, se destruye en cada alma que es verdaderamente nacida de Dios, y gradualmente se debilita más y más a medida que el creyente crece en la gracia, y el Espíritu de Dios gana una ascendencia cada vez mayor en el corazón.

Pero en segundo lugar, Caminar con Dios no sólo implica que el poder prevaleciente de la enemistad del corazón de un hombre sea quitado, sino también que una persona es realmente reconciliada con Dios el Padre, en y a través de la justicia y expiación todo suficiente de su

querido Hijo. ¿Pueden dos caminar juntos (dice Salomón, [en realidad Amós 3:3]) si no están de acuerdo? Jesús es nuestra paz y nuestro pacificador. Cuando somos justificados por la fe en Cristo, entonces, pero no hasta entonces, tenemos paz con Dios; y en consecuencia no puede decirse que hasta entonces caminemos con él, ya que caminar con una persona es una señal y un signo de que somos amigos de esa persona, o al menos, aunque hayamos estado en desacuerdo, pero que ahora estamos reconciliados y somos amigos de nuevo. Esta es la gran misión a la que son enviados los ministros del Evangelio. A nosotros se nos ha encomendado el ministerio de la reconciliación; como embajadores de Dios, debemos suplicar a los pecadores, en lugar de Cristo, que se reconcilien con Dios, y cuando cumplan con la amable invitación, y sean realmente llevados por la fe a un estado de reconciliación con Dios, entonces, y no hasta entonces, puede decirse que comienzan a caminar con Dios.

Además, en tercer lugar, el caminar con Dios implica una comunión permanente y un compañerismo con Dios, o lo que en las Escrituras se llama "el Espíritu Santo que mora en nosotros". Esto es lo que nuestro Señor prometió cuando dijo a sus discípulos que "el Espíritu Santo estaría en y con ellos"; no para ser como un caminante, digamos sólo por una noche, sino para residir y hacer su morada en sus corazones. Creo que esto es lo que el apóstol Juan quiere que entendamos, cuando habla de una persona que "permanece en él, en Cristo, y anda como él anduvo". Y esto es lo que se quiere decir particularmente en las palabras de nuestro texto. "Y Enoc anduvo con Dios", es decir, mantuvo y conservó una comunión y un compañerismo santo, fijo, habitual, aunque indudablemente no del todo ininterrumpidos, con Dios, en y a través de Cristo Jesús. De modo que, para resumir lo dicho sobre esta parte del primer encabezado general, caminar con Dios consiste especialmente en la inclinación habitual fija de la voluntad de Dios, en una dependencia habitual de su poder y promesa, en una dedicación voluntaria habitual de nuestro todo para su gloria, en una mirada habitual de su precepto en todo lo que hacemos, y en una complacencia habitual en su placer en todo lo que sufrimos.

En cuarto lugar, caminar con Dios implica nuestro progreso o avances en la vida divina. Caminar, en la primera idea de la palabra, parece suponer un movimiento progresivo. Una persona que camina, aunque se mueva lentamente, sin embargo, avanza y no permanece en un lugar. Y así es con aquellos que caminan con Dios. Van, como dice el salmista, "de fuerza en fuerza"; o, en el lenguaje del apóstol Pablo, "pasan de gloria en gloria, sí, por el Espíritu del Señor". De hecho, en cierto sentido, la vida divina no admite aumento ni disminución. Cuando un alma nace de Dios, a todos los efectos es un hijo de Dios; y aunque viviera hasta la edad de Matusalén, después de todo sería sólo un hijo de Dios. Pero en otro sentido, la vida divina admite decadencias y adiciones, por eso es que encontramos al pueblo de Dios acusado de reincidencias y de haber perdido su primer amor, y por eso es que oímos hablar de niños, jóvenes y padres en Cristo.

Y por tal motivo es que el apóstol exhorta a Timoteo, "que su progreso sea conocido a todos hombres". Y lo que aquí se exige a Timoteo en particular, San Pedro lo ordena a todos los cristianos en general. "Antes bien, creced en la gracia, (dice él), y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo". Porque la nueva criatura crece en estatura espiritual; y aunque una persona no puede ser más que una nueva criatura, sin embargo, hay algunos que están más conformes a la imagen divina que otros, y después de la muerte serán admitidos a un mayor grado de bienaventuranza. Por falta de observar esta distinción, incluso algunas almas llenas de gracia, que tienen mejores corazones que cabezas (así como hombres de mente corrupta, réprobos en cuanto a la fe) se han topado sin saberlo con los principios francamente antinomianos, negando todo crecimiento de la gracia en un creyente, o cualquier marca de gracia que se establezca en las escrituras de la verdad. ¡De tales principios, y más especialmente de las prácticas naturalmente consecuentes de tales principios, nos libre el Señor de todos los señores!

De lo que entonces se ha dicho, ahora podemos saber lo que está implícito en las palabras, "caminó con Dios", a saber, el hecho de que la enemistad que prevalece en nuestros corazones sea quitada por el poder del Espíritu de Dios; nuestro ser realmente reconciliados y unidos a él por la fe en Jesucristo; el que tengamos y mantengamos una comunión y un compañerismo fijos con él; y nuestro progreso diario en esta comunión, para ser cada vez más conformes a la imagen divina. Cómo se hace esto, o, en otras palabras, por qué medios los creyentes mantienen y mantienen su caminar con Dios, viene a ser considerado bajo nuestro segundo encabezado general.

Y, primero, los creyentes se mantienen al día y mantienen su caminar con Dios al leer su santa palabra. "Escudriñad las Escrituras", dice nuestro bendito Señor, "porque estas son las que dan testimonio de mí", y el salmista real nos dice "que la palabra de Dios era una luz a sus pies, y una lámpara a sus caminos"; y hace que sea una propiedad de un buen hombre, "que su delicia esté en la ley del Señor, y que se ejercite en ella día y noche". "Dedícate a la lectura", (dice Pablo a Timoteo); "Y este libro de la ley, (dice Dios a Josué) no saldrá de tu boca". Porque todo lo que se escribió antes, para nuestra enseñanza se escribió. Y la palabra de Dios es útil para redargüir, para corregir y para instruir en justicia, y en todo sentido es suficiente para que todo verdadero hijo de Dios esté enteramente preparado para toda buena obra. Si una vez superamos nuestras Biblias y dejamos de hacer de la Palabra escrita de Dios nuestra única regla, tanto en cuanto a la fe como a la práctica, pronto estaremos abiertos a toda clase de engaños y estaremos en gran peligro de naufragar en la fe y en una buena conciencia. Nuestro bendito Señor, aunque tenía el Espíritu de Dios sin medida, siempre fue gobernado y luchó contra el diablo con "Escrito está". A esto el apóstol lo llama la "espada del Espíritu". Podemos decir de ella, como dijo David de la espada de Goliat: "Ninguna como esta".

Las Escrituras son llamadas los oráculos vivientes de Dios: no sólo porque generalmente se usan para engendrar en nosotros una vida nueva, sino también para mantenerla y aumentarla en el alma. El apóstol Pedro, en su segunda epístola, la prefiere incluso a ver a Cristo transfigurado sobre el monte, porque después de haber dicho, cap. 1:18. "Esta voz que vino del cielo la oímos, cuando estábamos con él en el monte santo"; añade: "También tenemos una palabra profética más segura; a lo cual hacéis bien en estar atentos, como a una lámpara que alumbra en un lugar oscuro, hasta que amanezca el día y el lucero de la mañana se levante en vuestros corazones": es decir, hasta que nos sacudamos estos cuerpos y veamos a Jesús cara a cara. Hasta entonces debemos verlo y conversar con él a través del cristal de su palabra. Debemos hacer de sus testimonios nuestros consejeros, y cada día, con María, sentarnos a los pies de Jesús, escuchando por la fe su palabra. Entonces, por feliz experiencia, encontraremos que son espíritu y vida, comida y bebida en verdad para nuestras almas.

En segundo lugar, los creyentes se mantienen cada día en su caminar con Dios mediante la oración secreta. El espíritu de gracia va siempre acompañado del espíritu de súplica. Es el soplo mismo de la nueva criatura, el abanico de la vida divina, por el cual la chispa del fuego santo, encendida en el alma por Dios, no sólo se mantiene, sino que es levantada para convertirse en una llama. El descuido de la oración secreta ha sido frecuentemente una entrada a muchas enfermedades espirituales, y ha tenido consecuencias fatales. Orígenes observó, "que el día que ofreció incienso a un ídolo, salió de su aposento sin hacer uso de la oración secreta". Es una de las partes más nobles de la armadura espiritual de los creyentes. "Orando siempre", dice el apóstol, "con toda clase de súplica." Velad y orad, dice nuestro Señor, para que no entréis en tentación. Y dijo una parábola, para que sus discípulos oraran, y no desmayaran.

No es que nuestro Señor nos quiera tener siempre de rodillas, o en nuestros tiempos secretos de oración, en descuido de nuestros otros deberes relativos, pero Él quiere decir que nuestras almas deben mantenerse en un marco de oración, para que podamos decir, como dijo una vez un buen hombre en Escocia a sus amigos en su lecho de muerte: "Si pudieras estas cortinas o estas paredes hablar, os dirían qué dulce comunión he tenido aquí con mi Dios". ¡Oh oración! ¡oración! Trae y mantiene juntos a Dios y al hombre. Eleva al hombre hasta Dios y hace descender a Dios hasta el hombre. Si queréis, oh creyentes, mantener vuestro caminar con Dios; orad, orad sin cesar. Pasad mucho tiempo en lo secreto, dedícate a la oración, y cuando os dediquéis a los asuntos comunes de la vida, dedicad mucha oración jaculatoria y enviad, de vez en cuando, breves cartas al cielo sobre las alas de la fe, llegarán al corazón mismo de Dios, y volverán a vosotros cargados de bendiciones espirituales.

En tercer lugar, la meditación santa y frecuente es otro medio bendito de mantener el andar del creyente con Dios. "La oración, la lectura, la tentación y la meditación", dice Lutero, "hacen un ministro". Y también hacen y perfeccionan a un cristiano. La meditación para el alma es lo mismo que la digestión para el cuerpo.

El Santo David lo encontró así, y por eso se ocupaba frecuentemente en la meditación, incluso en la noche. Leemos también que Isaac salió al campo a meditar al anochecer; o, como está en el margen, orar, porque la meditación es una especie de oración silenciosa, por la cual el alma es frecuentemente llevada por sí misma a Dios, y en cierto modo se asemeja a esos espíritus bienaventurados, que por una especie de intuición inmediata contemplan siempre el rostro de nuestro Padre celestial. Sólo aquellas almas felices que se han acostumbrado a este empleo divino, pueden decir qué bendita promotora de la vida divina es la meditación. "Mientras estaba meditando", dice David, "el fuego se encendió". Y mientras el creyente reflexiona sobre las obras y la Palabra de Dios, especialmente esa obra de obras, esa maravilla de maravillas, ese misterio de piedad, "Dios manifestado en carne", el Cordero de Dios inmolado por los pecados del mundo, con frecuencia siente encenderse el fuego del amor divino, de modo que se ve obligado a hablar con su lengua y hablar de la bondad amorosa del Señor para con su alma. Sed, pues, frecuentes en la meditación, todos los que deseáis llevar y mantener un caminar estrecho y uniforme con el Dios Altísimo.

En cuarto lugar, los creyentes mantienen su caminar con Dios, observando y notando sus tratos providenciales con ellos. Si creemos en las Escrituras, debemos creer lo que nuestro Señor ha declarado en ellas: "Que hasta los cabellos de la cabeza de sus discípulos están todos contados; y que un gorrión no cae a tierra, (ya sea para recoger un grano de maíz, o cuando es disparado por un cazador), sin el conocimiento de nuestro Padre celestial". Cada cruz tiene un llamado, y cada dispensación particular de la divina providencia tiene algún fin particular que responder en aquellos a quienes se envía. Si es de una naturaleza aflictiva, Dios dice por eso: "Hijo mío, guárdate de los ídolos"; si es próspero, dice, como si fuera con una voz suave y apacible: "Hijo mío, dame tu corazón". Si los creyentes, por lo tanto, quieren mantener su caminar con Dios, deben escuchar de vez en cuando lo que el Señor tiene que decir acerca de ellos en la voz de su providencia. Así encontramos que el siervo de Abraham, cuando fue a buscar esposa para su amo Isaac, miró y observó la providencia de Dios, y por ese medio descubrió a la persona que estaba designada para la esposa de su amo. "Porque un pequeño indicio de la providencia", dice el piadoso obispo Hall, "es suficiente para que la fe se alimente". Y como creo que será una parte de nuestra felicidad en el cielo, echar un vistazo y mirar hacia atrás a los diversos eslabones de la cadena de oro que nos atrajo allí; así que aquellos que disfrutaban más del cielo abajo, creo, serán los más minuciosos al comentar los diversos tratos de Dios con ellos, con respecto a sus dispensaciones providenciales aquí en la tierra.

En quinto lugar, para caminar cerca de Dios, sus hijos no solo deben observar los movimientos de la providencia de Dios sin ellos, sino también los movimientos de su bendito Espíritu en sus corazones. "Todos los que son hijos de Dios, son guiados por el Espíritu de Dios", y se entregan a sí mismos para ser guiados por el Espíritu Santo, como un niño pequeño da su mano para ser guiado por una nodriza o un padre. No hay duda de que en este sentido debemos convertirnos y llegar a ser como niños pequeños. Y aunque es la quintaesencia del entusiasmo, pretender ser guiado por el Espíritu sin la palabra escrita, sin embargo, es el deber ineludible de todo cristiano ser guiado por el Espíritu en conjunción con la palabra escrita de Dios.

Vigilad, pues, os ruego, oh creyentes, las mociones del bendito Espíritu de Dios en vuestras almas, y probad siempre las sugerencias o impresiones que podáis sentir en cualquier momento, por la regla infalible de la santísima palabra de Dios: y si no se encuentran de acuerdo con ella, rechácelas como diabólicas y engañosas.

Al observar esta precaución, tomará un camino intermedio entre los dos peligrosos extremos con los que muchos de esta generación corren el riesgo de encontrarse; me refiero al entusiasmo, por un lado, y al deísmo y a la infidelidad absoluta, por el otro.

En sexto lugar, aquellos que quieren mantener un caminar santo con Dios, deben caminar con Él en las ordenanzas, así como en las providencias, etc. Por lo tanto, se registra de Zacarías e Isabel que "caminaron en todas las ordenanzas y mandamientos de Dios, irreprochables". Y todos los cristianos correctamente informados considerarán las ordenanzas, no como elementos miserables, sino como muchos conductos por los cuales el infinitamente condescendiente Jehová transmite su gracia a sus almas. Los considerarán como pan de hijos, y como sus más altos privilegios. Por eso se alegrarán cuando oigan decir a otros: "Venid, subamos a la casa del Señor". Se deleitarán en visitar el lugar donde mora el honor de Dios, y estarán muy deseosos de aprovechar todas las oportunidades para anunciar la muerte del Señor Cristo hasta que él venga.

Séptimo y último, si quieres caminar con Dios, te asociarás y te mantendrás en compañía de aquellos que caminan con él. "Mi delicia", dice el santo David, "está en aquellos que sobresalen" en virtud. Eran, a sus ojos, los excelsos de la tierra, y los cristianos primitivos, sin duda, mantuvieron su vigor y primer amor, al continuar en comunión unos con otros. El apóstol Pablo sabía esto muy bien, y por lo tanto exhorta a los cristianos a velar por que no dejen de congregarse. Porque ¿cómo puede uno calentarse solo? ¿y no nos ha dicho el más sabio de los hombres que "como el hierro con el hierro se aguza, así es el semblante de un hombre a su amigo?"

Si miramos, por lo tanto, en la historia de la iglesia, o hacemos una observación justa de nuestros propios tiempos, creo que encontraremos que a medida que prevalece el poder de Dios, las sociedades cristianas y las reuniones de compañerismo prevalecen proporcionalmente. Y a medida que uno decae, el otro ha decaído y menguado insensiblemente al mismo tiempo. Tan necesario es que aquellos que quieren caminar con Dios y mantener la vida de la religión, se reúnan cuando tengan la oportunidad, a fin de estimularse unos a otros al amor y a las buenas obras.

Procedamos ahora a la tercera cosa general propuesta: ofrecer algunos motivos para entusiasmar a todos para venir y caminar con Dios. Y, primero, caminar con Dios es algo muy honorable. Este es generalmente un motivo prevaleciente para personas de todos los rangos, para incitarlos a cualquier empresa importante. ¡Oh, que pueda tener su debido peso e influencia con respecto a ustedes con respecto al asunto que ahora tenemos ante nosotros! Supongo que todos pensarían que es un gran honor ser admitido en el consejo privado de un príncipe terrenal, que se les confíen sus secretos y tener su oído en todo momento y en todas las épocas. Parece que Amán lo pensó así cuando se jactó, Ester 5:11, de que además de ser "superior a los príncipes y siervos del rey; sí, además, la reina Ester no dejó entrar a nadie con el rey al banquete que ella había preparado, sino a mí; y mañana estoy invitado a ella también con el rey". Y cuando después se le hizo una pregunta a este mismo Amán, Cap. 6:6. "¿Qué se hará al varón cuya honra desea el rey?" él contestó, versículo 8. "Que se traigan las vestiduras reales que el rey solía usar, y el caballo sobre el cual el rey cabalga, y la corona real que está puesta sobre su cabeza; y entreguen este atavío y caballo en mano de uno de los príncipes más nobles del rey, para que vistan al varón cuya honra desea el rey, y llévenlo a caballo por la plaza de la ciudad, y pregonen delante de él: Así se hará al varón cuya honra desea el rey". Esto era todo, pues, al parecer, que un Amán ambicioso podía pedir, y lo más valioso que pensaba que podía dar Asuero, el monarca más grande de la tierra. Pero, ay, ¡qué es este honor en comparación con el que disfrutaban los más humildes, que caminan con Dios! ¿Os parece poca cosa, señores, tener con vosotros el secreto del Señor de los señores, y ser llamados amigos de Dios? Y tal honor tienen todos los santos de Dios. El secreto del Señor está con los que le temen: y "De ahora en adelante (dice el bendito Jesús) ya no os llamaré siervos, sino amigos; porque el siervo no conoce la voluntad de su señor". Pienses lo que pienses, el santo David era tan sensible al honor de caminar con Dios que declara: "preferiría ser portero en su casa, que habitar aun en las tiendas de impiedad". ¡Oh, que todos fueran de ideas afines a él!

Pero, en segundo lugar, así como es una cosa honorable, así es una cosa agradable, andar con Dios. El más sabio de los hombres nos ha dicho que "los caminos de la sabiduría son caminos de delicia, y todos sus senderos paz". Y recuerdo al piadoso Sr. Henry, cuando estaba a punto de expirar, le dijo a un amigo: "Has escuchado las últimas palabras de muchos hombres, y estas son las mías: Una vida pasada en comunión con Dios, es la vida más placentera del mundo".

Estoy seguro de que puedo dejar constancia de que esto es cierto. De hecho, me he encontrado bajo el estandarte de Jesús solo por unos pocos años; pero he disfrutado de un placer más sólido en la comunión de un momento con mi Dios, que lo que debería o podría haber disfrutado en los caminos del pecado, aunque hubiera continuado en ellos durante miles de años. ¿Y no puedo apelar a todos ustedes que temen y caminan con Dios, por la verdad de esto? ¿No te ha parecido mejor un día en los atrios del Señor que mil? Guardando los mandamientos de Dios, ¿no habéis hallado un presente y una recompensa muy grande? ¿No te ha resultado su palabra más dulce que la miel o el panal de miel? Oh, ¿qué has sentido cuando, como Jacob, has estado luchando con tu Dios? ¿No os ha encontrado Jesús a menudo cuando meditabais en los campos, y se os ha dado a conocer una y otra vez al partir el pan? ¿Acaso el Espíritu Santo no ha derramado abundantemente en vuestros corazones el amor divino, y os ha llenado de un gozo inefable, un gozo glorioso? Sé que responderá afirmativamente a todas estas preguntas y reconocerá libremente que el yugo de Cristo es fácil y su carga ligera; o (para usar las palabras de una de nuestras colectas), "Su servicio es perfecta libertad". ¿Y qué necesitamos entonces de otro motivo que nos impulse a caminar con Dios? Pero me parece oír a algunos entre vosotros decir: "¿Cómo pueden ser estas cosas? Porque si andar con Dios, como decís, es cosa tan honrosa y agradable, ¿por qué el nombre de la gente de este camino es desechado como malo, y en todas partes se habla contra él? ¿Cómo es que son frecuentemente afligidos, tentados, desvalidos y atormentados? ¿Es este el honor, este el placer del que hablas? Respondo, si, detente un momento; no te apresures. No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio, y todo irá bien. Es verdad, reconocemos a la "gente de este camino", como tú, y Pablo antes de ti, cuando un perseguidor los llamó, sus nombres fueron desechados como malos, y son una secta en todas partes criticada. ¿Pero por quién? Incluso por los enemigos del Dios Altísimo. Y ¿Piensas que es una vergüenza que ellos hablen mal de ellos? Bendito sea Dios, no hemos aprendido tanto a Cristo. Nuestro regio Maestro ha declarado "bienaventurados a los que son perseguidos, y contra ellos se habla falsamente de toda clase de maldad". Él les ha mandado "regocijarse y estar muy contentos", porque es el privilegio de su discipulado, y que su recompensa será grande en el cielo. Él mismo fue tratado así. ¿Y puede haber mayor honor puesto sobre una criatura, que ser conformada al siempre bendito Hijo de Dios? Y, además, es igualmente cierto que la gente de este camino es frecuentemente afligida, tentada, desamparada y atormentada. Pero ¿y qué sucede con todo esto? ¿destruye esto el placer de caminar con Dios? No, de ninguna manera; porque los que caminan con Dios son capacitados, por medio de Cristo fortaleciéndolos, para gozar aun en la tribulación, y para regocijarse cuando caen en diversas tentaciones.

Y creo que puedo apelar a la experiencia de todos los verdaderos y cercanos caminantes con Dios, ya sea que sus tiempos de sufrimiento no hayan sido con frecuencia los más dulces, y que hayan disfrutado más de Dios cuando los hombres los hayan desechado y despreciado.

Este fue el caso de los siervos primitivos de Cristo, cuando fueron amenazados por el sanedrín judío y se les ordenó no predicar más en el nombre de Jesús; se regocijaron de haber sido tenidos por dignos de sufrir vergüenza por causa de Jesús. Pablo y Silas cantaron alabanzas incluso en un calabozo; y el rostro de Esteban, ese glorioso protomártir de la iglesia cristiana, resplandecía como el rostro de un ángel. Y Jesús es el mismo ahora que entonces, y se preocupa tanto de endulzar los sufrimientos y las aflicciones con su amor, que sus discípulos encuentran, por feliz experiencia, que como abundan las aflicciones, abundan mucho más los consuelos. Y, por lo tanto, estas objeciones, en lugar de destruir, solo refuerzan los motivos antes instados, para incitarte a caminar con Dios.

Pero suponiendo que las objeciones fueran justas, y que los caminantes con Dios fueran tan despreciables e infelices como usted los presenta; sin embargo, tengo un tercer motivo que ofrecer, que, si se pesa en la balanza del santuario, superará todas las objeciones, a saber, que hay un cielo al final de este camino. Porque, para usar las palabras del piadoso obispo Beveridge, "Aunque el camino sea angosto, no es largo; y aunque la puerta sea estrecha, se abre a la vida eterna". Enoc lo encontró así, caminó con Dios en la tierra, y Dios se lo llevó para sentarse con él para siempre en el reino de los cielos. No es que debamos esperar que nos lleven como a él, no, supongo que todos moriremos la muerte común de todos los hombres. Pero después de la muerte, los espíritus de los que han caminado con Dios volverán a Dios que los dio; y en la mañana de la resurrección, alma y cuerpo estarán para siempre con el Señor; sus cuerpos serán hechos semejantes al cuerpo glorioso de Cristo, y sus almas llenas de toda la plenitud de Dios. Se sentarán en tronos; ellos juzgarán a los ángeles. Serán capacitados para sostener un excesivo y eterno peso de gloria, sí, esa gloria que Jesucristo disfrutó con el Padre antes del comienzo del mundo. "O gloriam quantam et qualem", dijo el erudito y piadoso Arndt, justo antes de inclinar la cabeza y entregar el espíritu. El solo pensar en ello es suficiente para hacernos "desear saltar nuestros setenta años", como se expresa el buen Dr. Watts, y para hacernos estallar en el lenguaje serio del salmista real: "Mi alma tiene sed de Dios, sí, del Dios viviente. ¿Cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?" No me sorprende que una sensación de esto, cuando se encuentran bajo una irradiación y un influjo de vida y amor divinos más que ordinarios, hace que algunas personas se desmayen, e incluso por un tiempo pierdan el poder de sus sentidos. Una vista menor que esta, incluso la vista de la gloria de Salomón, asombró a la reina de Saba; y una vista aún menor que esa, incluso la vista de los carros de José, hizo que el santo Jacob se desmayara, y por un tiempo, por así decirlo, desfalleciera. Daniel, cuando fue admitido a una vista lejana de esta gloria excelente, cayó a los pies del ángel como muerto. Y si una vista lejana de esta gloria es tan excelente, ¿cuál debe ser la posesión real de ella? Si las primicias son tan gloriosas, ¿cuán infinitamente debe exceder la cosecha en gloria?

Y ahora, ¿qué debo, o, de hecho, qué puedo decir más para emocionarlos, incluso a ustedes que aún son extraños a Cristo, a venir y caminar con Dios? Si amas la honra, el placer y la corona de gloria, ven, búscala donde solo se puede encontrar. Venid, vestíos del Señor Jesús. Venid, apresuraos y andad con Dios, y no hagáis más provisión para la carne, para satisfacer sus deseos. ¡Detente, detente, oh pecador! Vuélvanse, vuélvanse, oh hombres inconversos, porque el final de ese camino en el que ahora están caminando, por más correcto que parezca a sus ojos cegados, será la muerte, incluso la destrucción eterna tanto del cuerpo como del alma. No os demoréis más, os digo: bajo vuestro riesgo os mando, no deis un paso más en vuestro andar presente. Porque ¿cómo sabes tú, oh hombre, que el siguiente paso que das puede ser ir al infierno? La muerte puede apoderarse de ti, el juicio encontrarte, y entonces el gran abismo se fijará entre ti y la gloria sin fin por los siglos de los siglos. Oh, pensad en estas cosas, todos los que no queréis andar con Dios, tomadlas muy en cuenta. Mostraos hombres, y en la fuerza de Jesús decid: ¡Adiós, lujuria de la carne, ya no caminaré más con vosotros! ¡Adiós, lujuria de los ojos y orgullo de la vida! ¡Adiós, conocidos carnales y enemigos de la cruz, ya no caminaré ni tendré intimidad con vosotros! Bienvenido Jesús, bienvenida tu palabra, bienvenidas tus ordenanzas, bienvenido tu Espíritu, bienvenido tu pueblo, de ahora en adelante caminaré contigo. ¡Oh, que pueda haber en ti esta mente! Dios le otorgará su fiat todopoderoso, y la sellará con el ancho sello del cielo, sí, con el sello de su santo Espíritu. Sí, lo hará, aunque hayas estado caminando y siguiendo los planes y deseos de tus corazones desesperadamente malvados desde que naciste. “Yo, el Alto y Sublime”, dice el gran Jehová, “que habito la eternidad, habitaré con el corazón humilde y contrito, aun con el hombre que tiembla a mi palabra.” La sangre, la preciosa sangre de Jesucristo, si venís al Padre en él y por él, os limpiará de todo pecado.

Pero el texto me lleva a hablaros a vosotros, que sois santos, así como a vosotros, que sois pecadores declarados e inconversos. No necesito decirles que andar con Dios no es honorable, sino también agradable y provechoso; porque vosotros lo conocéis por feliz experiencia, y lo encontraréis cada día más y más. Solamente permítanme despertar sus mentes puras a modo de memoria, y rogarles por las misericordias de Dios en Cristo Jesús, que se cuiden y caminen más cerca de su Dios de lo que lo han hecho en días pasados: porque cuanto más cerca caminas con Dios, tanto más gozarás de aquel cuya presencia es vida, y estarás mejor preparado para ser puesto a su diestra, donde hay delicias para siempre.

¡Oh, no sigas a Jesús de lejos! ¡Oh, no seas tan formal, tan muerto y necio en tu asistencia a las santas ordenanzas! No dejéis tan vergonzosamente el congregaros, ni seáis tan mezquinos o indiferentes a las cosas de Dios. Recuerda lo que Jesús dice de la iglesia de Laodicea: “Porque no eres ni frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”. Piensa en el amor de Jesús, y deja que ese amor te obligue a mantenerte cerca de él; y aunque mueras por él, no lo niegues, no te alejes de él de ninguna manera.

Una palabra a mis hermanos en el ministerio que están aquí presentes, y habré terminado. Hermanos míos, mi corazón está lleno; Casi podría decir que es demasiado grande para hablar y, sin embargo, demasiado grande para callar, sin decirte una palabra. Porque ¿no habla el texto de manera particular a los que tienen el honor de ser llamados embajadores de Cristo y administradores de los misterios de Dios? Observé al comienzo de este discurso, que Enoc con toda probabilidad era una persona pública y un ardiente predicador. Aunque esté muerto, ¿no nos habla todavía para avivar nuestro celo y hacernos más activos en el servicio de nuestro glorioso y siempre bendito Maestro? ¡Cómo predicó Enoc! ¡Cómo caminó Enoc con Dios, aunque vivió en una generación mala y adúltera! Sigámosle, pues, como él siguió a Jesucristo, y dentro de poco, donde él está, allí estaremos también nosotros. Él no ha entrado en su reposo, aún un poco de tiempo y nosotros entraremos en el nuestro, y eso mucho antes de lo que Él lo hizo. Permaneció aquí menos de los trescientos años; pero bendito sea Dios, los días del hombre ahora se acortan, y en pocos días nuestro caminar habrá terminado. El Juez está delante de la puerta: el que viene, vendrá, y no tardará: su recompensa está con él. Y todos nosotros (si tenemos celo por el Señor de los ejércitos) resplandeceremos dentro de poco como las estrellas en el firmamento, en el reino de nuestro Padre celestial, por los siglos de los siglos. A él, santísimo Jesús, y eterno Espíritu, sea todo honor y gloria, ahora y por toda la eternidad. Amén y Amén.

EstudiaLaPalabra.org